

22-1 1510



AÑO I.

12542

PLASENCIA 24 DE SEPTIEMBRE DE 1903.

NUM. 13



# EL CRUZADO EXTREMEÑO

SEMANARIO CATÓLICO.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

	Ptas.	Cts.
Un semestre.	3	»
Un año.	5	»
Números sueltos.	»	10

No se admiten suscripciones por menos de un semestre

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS

CON CENSURA ECLESIASTICA

### ANUNCIOS.

En tercera plana, 10 céntimo de peseta línea.  
En cuarta ídem íd. 5.  
Por años precios convencionales.

**Redacción y Administración**

Plaza Mayor núm. 21. — PLASENCIA.



Excmo. e Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Casas y Souto, Obispo de Plasencia



SUMARIO.—TRIBUTO DE AMOR.—RASGOS Y LINEAS.—BODAS DE ORO.—FECHA MEMORABLE.—MÁXIMAS DEL EXCELENTÍSIMO SR. OBISPO DE PLASENCIA.—PREDICCIÓN CUMPLIDA.—PROFETA.—AL EXMO. E ILUSTRÍSIMO SR. OBISPO DE PLASENCIA, en el quincuagésimo aniversario de su Ordenación Sacerdotal.—AL INSIGNE PRELADO PLACENTINO Soneto.

## TRIBUTO DE AMOR.

Si, tributo de amor, y no así como quiera, sino de amor apasionado, de amor sincero y entusiasta, es el que hoy, vistiéndose de gala y dedicándole por completo este número, se complace en rendir públicamente nuestro humilde semanario al cien veces ilustre y preclarísimo Obispo, que plugo á la Providencia adorable concedernos, para que en el orden espiritual nos instruyera con su ciencia, nos rigiera con su autoridad y nos edificara en fin, con sus hermosos y constantes ejemplos de acrisolada virtud.

En este día, de gratisimos recuerdos para él y de inenarrable placer para nosotros, figurásemos ver su majestuosa figura, sobre el firme y elevado pedestal de su propia grandeza y adornada su frente venerable con la triple corona de la santidad, de la ciencia y de los años, dispuesta á recibir con rostro sonriente y apacible los expresivos testimonios de veneración y de cariño que á porfía se han de acercar á ofrecerle sus admiradores.

Innumerables y á cual más cariñosas serán, á no dudar, las enhorabuena que reciba con ocasión del felicísimo suceso que hoy celebra. EL CRUZADO EXTREMENO que jamás á nadie ha disputado, ni se cree con derecho á disputar otro género de primicias y de honores, no se aviene sin embargo á sufrir que haya quien al presente le aventaje postrándose á ofrecerle una felicitación más tierna, más sincera y más afectuosa que la suya.

Despojada de los brillantes adornos del lenguaje y sin otros seductores atavios que el de su misma sencillez, solo aspiramos á que brote de lo más íntimo del alma, tan rica como lo merece á quien va dirigida, en afectos de reverencia y de amor, para que si algur mérito tuviera ante sus ojos, lo tenga precisamente por ellos y nada más que por ellos.

Estimando nosotros esta fiesta como un señalado beneficio, que el Señor se digna concederle, todavía más en provecho de los que formamos su grey que en el suyo propio y personal, no hay para que decir que, elevando al cielo la mirada, nos consideramos también en el deber de prorrumpir en un *Te Deum* vibrante y armonioso, cuyas notas, atravesando el espacio, lleguen hasta su trono de gloria, en prenda de la gratitud con que acogemos la merced extraordinaria que nos hace de conservar largos años, su preciosísima vida.

No satisfecha aún nuestra piedad filial con dirigir al Altísimo la más fervorosa acción de gracias por la venerable ancianidad que, para nuestro bien y con tanto júbilo de nuestros corazones, benignamente le otorga, sentimos la necesidad de expresarle á la vez nuestro deseo, mediante la oración, en la que piadosamente le rogamus, la gracia inestimable de ver prolongados sus días mucho tiempo aún, para su mayor gloria y para mayor dicha y honor de nuestra Diócesis.

Permitásemos por tanto, condensar los vehementes deseos de nuestras almas en la siguiente breve exclamación con que á guisa de saludo cariñoso cerramos estas líneas.

¡Viva nuestro amadísimo Padre!  
¡Viva el esclarecido Obispo de Plasencia!

LA REDACCIÓN.

## RASGOS Y LINEAS

Al festejar hoy llenos de júbilo, el quincuagésimo aniversario de la ordenación sacerdotal del Dr. D. Pedro de Casas y Soutó, nuestro bondadosísimo y amadísimo Prelado, levantamos nuestra mirada, para contemplar su hermosa figura, embellecida por la aureola, que en torno á su venerable cabeza, llena de respetables canas, forman sus ya largos merecimientos y sus bien probadas y acrisoladas virtudes y volvemos después nuestros ojos al áspero y trabajoso camino de la vida por él recorrido en el ya no corto espacio de los setenta y seis años, que lleva de peregrinación por este mundo.

Y llenos de esa emoción profunda de ese sentimiento indefinible, que causa la contemplación de todo lo noble y de todo lo bello y avasallados por ese algo misterioso que surge del fondo de todo lo grande, nos sentimos desfallecer y la pluma se cae de nuestras manos, protestando contra la pretensión, que abrigamos de presentar ante nuestros lectores los rasgos más salientes de la fisonomía moral del venerable anciano, á quien hoy festejamos.

Pero aunque haciendo esfuerzos supremos y venciendo rebeldes repugnancias, confesando, eso sí, con anticipación, que nos creemos muy lejos de podernos elevar á la altura en donde se ciernen los merecimientos alcanzados por nuestro Pastor, amantísimo en su laboriosa y meritísima vida, vamos á bosquejar, en rápida síntesis, como tributo de humilde homenaje que hoy ofrecemos al Padre de nuestras almas, algo de lo que encierra su corazón, algo de lo que atesora su alma, algo que se escapa de sus ojos, de sus palabras, de sus movimientos, de sus enseñanzas de sus predicaciones, de su personalidad toda, como evidente manifestación de lo que es y de lo que constituye su estructura moral.

Inútil tarca la de los hombres, que se esfuerzan en ocultar el mérito, cuando en los altísimos planes de la Providencia entra el de ponerlo manifiesto á la vista de los hombres, para que todos le contemplen, en su contemplación se aleccionen y le rindan el homenaje que le es debido.

Podrá entonces el hombre buscar la oscuridad, elegir el retiro, huir el trato de los hombres, volar al desierto; pero por encima de sus particulares aficiones y esfuerzos, Dios sin violentarle, le conducirá suavemente á un lugar en donde los hombres puedan contemplarle á su sabor.

Ninguno, que conozca algo al Obispo de Plasencia desconoce su grande amor al retiro. Puede decirse, que la soledad le atrae con irresistible fuerza y que en ella y solo en ella encuentra sus más caras delicias. Allí, en la soledad, se consagra al estudio, profundizando las ciencias eclesiásticas hasta donde es dado al ingenio humano; en la soledad ha meditado esas hermosas pastorales, que en más de una ocasión han conmovido al mundo y llenado de aliento á los católicos y en la soledad se temple su corazón para esa lucha incesante que sostiene en defensa de la verdad y del bien.

A seguir los impulsos de su corazón, los anhelos de su alma, pues, el Obispo de Plasencia hubiera pasado los días de su vida en el silencioso retiro, en la ca-

llada soledad, pero Dios en sus altos designios le destinaba, no para permanecer oculto en lo más retirado del espeso bosque; sino para subir á lo más alto de la montaña y por caminos, que al hombre son desconocidos, le ha conducido á las cimas del episcopado católico de esa dignidad tan sublime desde donde con fulgurantes destellos ilumina campos extensos, comarcas enteras derramando sobre ellos los vívidos resplandores de la verdad.

La educación que recibe en la juventud prepara al hombre para los sucesos y las luchas del porvenir. Bien se ve, si atentamente se examina, que la educación y la enseñanza que recibió el Obispo de Plasencia, estaban destinadas á dar vigoroso empuje al brazo de un luchador ilustre, de un campeón incansable.

Nacido en el seno de una familia honradísima y bien acomodada de Sobrado del Obispo, en la provincia de Orense, el 15 de Octubre de 1826, niño aún, fué trasladado al lado de un tío suyo sacerdote, para que aprendiera de él los nobles ejemplos de virtud que allí se ofrecían y á iniciarse en los primeros rudimentos de la lengua y literatura latinas.

Cuan detenida y profundamente se dedicó al estudio de los clásicos latinos, de aquellos grandes maestros del pensamiento, que encontraban arte y habilidad para dar á la palabra todos los matices y delicadezas de la idea, nos lo dice él hoy mismo, cuando con asombro nuestro le oímos recitar trozos selectos de las obras más preciadas, que produjeren los genios del Lacio.

Con el Obispo de Plasencia y con otros genios iguales á él, se desquitan con usura los grandes poetas y literatos de Roma, del desden con que los tratan más que en ninguna parte, en nuestra España los desorganizadores de la enseñanza pública, incapaces de apreciar la dulzura de las mieles que los clásicos atesoran.

El Seminario de Orense fué el hogar de la ciencia y de la virtud, que le acogió y le formó con singular cariño y esmero cuando acabados los estudios de latin, pasó á la s de Filosofía primero y á los de Teología más tarde.

En el estudio de estas facultades así como del Derecho Canónico pasó hasta lo último, honrando siempre su hoja de estudios con las notas más altas y lleno ya su entendimiento de vastos conocimientos, fué admitido á recibir los grados mayores en Sagrada Teología en el Seminario Central de Toledo, obteniéndolos con la mas honrosa de las calificaciones.

Sinultáneamente se había ido formando su corazón y seguros sus superiores de que las pruebas de virtud que había dado durante sus estudios eran la garantía más segura de que había de honrar más tarde el sacerdocio, con una ejemplar y virtuosa vida, le fueron iniciando en las Sagradas Ordenes, hasta que en 24 de Septiembre de 1853 fué ordenado de Presbítero.

El hombre estaba formado. La inteligencia pertrechada con los necesarios conocimientos, le brindaba armas y medios para enseñar, para luchar y para vencer. El corazón fortalecido con los hábitos de la virtud estaba preparado, para las duras pruebas á que había de someterle el mundo.

Solo esperaba que el dedo de Dios le señalara, por medio de la voluntad de sus superiores, aquel lugar en donde había de ejercitarse en el ministerio sacerdotal.

Y si antes en su formación se había visto que Dios le preparaba para desempeñar altos ministerios; ahora en los caminos por donde le condujo en los varios cargos que desempeñó, se ve no menos manifestamente, que velaba sobre él y le conducía al alto puesto, que le tenía preparado.

Maestro había de ser de la más alta de las ciencias y en el magisterio de las ciencias sagradas pasó sus primeros años de

sacerdote, allí mismo en donde antes había sido discípulo aprovechado.

Había de ser pastor de las almas, cuidando á su cuidado una porción de grey de Cristo y para este ministerio se preparó en el honroso y espigoso cargo parroquial por espacio de los años viviendo la vida de sus queridos amigos, participando de sus alegrías, y teniendo como propias sus penas.

Había de ejercer jurisdicción espiritual la más noble de todas las jurisdicciones y autoridades y en su sazón le llevó Dios á formar parte de un cuerpo capitular, cerca de quien ejerce la suprema jurisdicción espiritual en la diócesis.

Había recorrido todo el vasto campo, que abarca el ministerio del sacerdote. ¿Qué le faltaba?

El llamamiento de Dios para subir á la Catedra Episcopal, á la eminente dignidad de los sucesores de los Apóstoles; el llamamiento no se hizo esperar y vino como suelen venir las cosas de Dios por caminos inesperados.

Más que sorpresa, profundo estudio causó en el elegido aquella vocación de Dios. Se presentaba á sus ojos tan grande, tan sublime la dignidad episcopal, tan pesada la carga, según dice el Tridentino, pesada aún para los hombros de los mismos Angeles; que no podía persuadirse, de que fuera él llamado á recibirla sobre sí.

Más lo disponía Dios y necesario era rendirse. Y en efecto la carne débil y flaca dejó paso al espíritu; pronto á ir por Cristo hasta la muerte.

Desde las altas cumbres del episcopado descúbrense vastos campos, un mundo de necesidades, de luchas y de combates.

Solo animado por el fuego ardiente de la caridad, puede el sucesor de los Apóstoles hacer frente á sus múltiples y pesadísimos deberes.

El Obispo de Plasencia no anduvo jamás perezoso, para hacer cuantos sacrificios demandaba de él su elevadísimo cargo. Veló constantemente acerca de la pureza de la doctrina, fué celoso en observar y hacer observar la disciplina, enseñó arguyó, increpó, detestó oportuna é importunamente. . . . pero entre todas sus cualidades, como el lirio en medio de los valles, descuella su fortaleza y su liberalidad.

No por haberse repetido y manoseado mucho deja de ser verdad grande y consoladora, la de que Dios providentísimo, acude en auxilio de su Santa Iglesia según las necesidades de cada época.

En días de lucha envíale aguerridos combatientes, valerosísimos capitanes, que defiendan briosamente los muros de Israel de los ataques de sus enemigos.

¿Y quién no ve que son días de lucha y de lucha terrible y espantosa los presentes? ¿Quién no oye á cada paso el ruido de las pisadas de numerosísimos ejércitos, que se mueven en todas direcciones acometiendo furiosamente ora al dogma católico, ora á la moral de Jesucristo; ahora á la disciplina eclesiástica, ahora á los derechos de la Iglesia, aquí al sacerdocio católico y más allá á las órdenes religiosas...?

¿Quién no ha sentido cruzar sobre su cabeza las silbantes saetas, que mojadas en el veneno de la calumnia, del sarcasmo, de la burla, de la chacota... van á herir en el corazón de la Iglesia?

Son días de cerrado combate los presentes, durante los cuales se mantiene sin cesar un fuego ensordecedor por ambas partes combatientes.

Soldados valientes y generosos necesitamos, pues y aguerridos y nobilísimos capitanes para defender á la Iglesia, y Dios nos los dá.

No puede arrostrar la muerte quien no desprecia la vida y no desprecia la vida quien tiene su corazón pegado á las cosas de este mundo, á sus placeres, á sus honores, á sus dignidades, á sus riquezas.

Los antiguos luchadores despojábanse de la ropa, para no ofrecer al adversario nada, por donde pudiese apoderarse de ellos y derribarlos en tierra. Los girones de la ropa por donde el enemigo de nuestras almas nos agarra y nos sujeta

en nuestra lucha con él son nuestras aficiones á las cosas del mundo, nuestro amor á los placeres, á las riquezas y á los honores.

Obispo de Plasencia jamás tuvo apego á esas cosas; y despreció las riquezas, y no buscó los honores y no le preocuparon las dignidades y en ese desprecio con que siempre miró todas esas cosas, que reconoce por fundamento fé viva y acendrada, firme esperanza en lo alto y ardentísima caridad, estuvo el secreto de su fortaleza, de esa fortaleza con que miró sereno é impasible el ceño iracundo de los poderosos irritados; de esa fortaleza, que le dió alientos para proclamar la verdad, que querían tener en cautiverio las potestades de la tierra, de esa fortaleza, que dió vigor á su brazo para herir de muerte al más artero y taimado de los errores, al catolicismo liberal; de esa fortaleza que le ha animado constantemente en la no interrumpida lucha, aumentando sus méritos ante Dios y agigantando su figura ante los hombres.

De la misma generosidad para con Dios de donde nace la fortaleza, toma también su origen la liberalidad para con los pobres. Quien ve en los pobres á hermanos suyos en Cristo ¿no los ha de amar? Quien desprecia las riquezas y las mira como polvo vil ¿ha de tener empeño en atesorarlas?

El Obispo de Plasencia, que para sí no necesita más que lo que pueda gastar un pobre obrero, que desprecia las riquezas; no tiene tesoro más grande y más preciado que los pobres y por eso al propio tiempo que derrama sobre ellos los afectos de su corazón, la ternura de su alma, les hace entrega de todo cuanto tiene y posee repartiendo abundantes limosnas, con las que enjuga muchas lágrimas y remedia no pocas necesidades.

¡Bendito mil veces quien tan santamente sabe responder á los designios de Dios!

Bendito quien colocado como centinela en la fortaleza de la Iglesia, sabe defenderla valerosamente poniendo su pecho á los tiros de los enemigos, pronto á sufrir, no solo la deshonra, la pobreza y la miseria, sino la misma muerte en defensa de los derechos de Dios y de su Iglesia Santa!

¡Bendito el que sabe descender desde las altas gradas de su dignidad, al tugurio del pobre, al miserable albergue del necesitado para llorar con él las lágrimas de la tribulación y del dolor y para aliviar el peso de la miseria!

Al enviar hoy nuestra más entusiasta y respetuosa felicitación á nuestro Excelentísimo Prelado con motivo del quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal, elevamos también fervientes votos al cielo, para que se digne concederle largos y prósperos días todavía sobre la tierra para bien de la Iglesia y de esta su amadísima diócesis; y para nosotros pedimos la gracia de seguir sus hermosos ejemplos, sus sabias enseñanzas envueltos en la luz que derraman todos los pasos de su vida.

## BODAS DE ORO

AL EXCMO. É ILMO. SEÑOR DOCTOR D. PEDRO CASAS Y SOUTO, OBISPO DE PLASENCIA.

¿Qué cante al virtuoso sabio varón de corazón piadoso? No es mi musa la musa cortesana de palabras de miel y áureo ropaje que quema incienso á la grandeza humana; es la ruda aldeana que va vestida con honesto traje, cantando la virtud en el lenguaje que le enseñó naturaleza sana. Y porque ella es así, porque es sincera, porque no es lisonjera, porque es del bien la enamorada ruda, cantando la virtud es vocinglera; mas delante del héroe es hosca y muda.

Ni mi musa acaricia los sentidos de los hombres henchidos del viento de la gloria innecesaria, ni desgarran con épicos sonidos los austeros oídos de los grandes humildes de la vida.

Es de almas sin decoro plegar las alas ante el trono de oro donde se asienta la soberbia humana, y pulsando el laúd, rodilla en tierra, quemar inciensos y cantar á coro con las legiones de la gente vana.

Pero es mayor pecado cantarle al justo la canción sonora, que su virtud celebra, en lengua seductora de melflua serpiente tentadora á quien sólo humildad su diente quiebra.

Arrullen los juglares el trono del soberbio con cantares; y la turba servil de aduladores queme todo su incienso en los altares donde honor y virtud no son señores. Pero la musa honrada, cuando penetre en el desnudo templo del alma de un humilde, ore callada y escuche en las honduras del ejemplo la armonía del bien, allí guardada.

Y luego de aprendida la música de Dios, que á gloria suena, requiera el arpa que á cantar convida y ensaye en ella la canción serena del alma recta, de virtud nutrida.

Mas no hiera el oído de los justos con ditirambos de clamor liviano, que en los senos de espíritus robustos suenan á ruido vano.

¿Qué le place á los grandes corazones un decir halagüeño, si ellos moran en diáfanas regiones donde el ídolo humano es muy pequeño, la voz de la lisonja desabrada, la trompa de la fama ronca y hueca, pobre la falsa vida y el mundo frágil como caña seca?

Las alas de la fama presurosa, esta vez no engañosa, también trajeron á mi abierto oído, que lo oyó con deleite inenarrable, el nombre esclarecido del justo patriarca venerable.

Y así como el ídolo del oro guarda siempre el tesoro de su morada en el rincón oscuro, yo de ese justo la adorable historia escondí en el rincón de la memoria donde suelo guardar todo lo puro. Y en el silencio donde culto he dado á su santa humildad, nunca he clamado: ¡Si supiera cantar almas tan santas!... pero siempre muy quedo he murmurado: ¡Si supiera imitar virtudes tantas!...

Palabras indiscretas, que hermosas habeis sido mientras fuisteis sencillas y secretas: si osais llegar al delicado oído del venerable anciano que sabe perdonar flaquezas tales, decidme que sois hijas de un cristiano; y que amores filiales os arrancaron del rincón arcano, donde estábais mejor que en las venales alas del viento charlatan y vano.

Bien sé que la armonía que el justo oyera de la lira mía, fuera gárrula música liviana, hueca trompetería que no conmueve la muralla ingente de la humildad cristiana que escuda el alma del varón prudente.

Pero más que la estrofa detonante con que el hijo leal celebre y cante las altas prendas de su padre amado, le place al padre amante oír la apasionada melodía del hijo enamorado de la virtud de que nutrirlo ansia.

Venerable Pastor, que has conducido tu rebaño querido, hollando con tus plantas los abrojos, por las ásperas cuestas de la vida: tú, que ya ves con anhelantes ojos la tierra prometida, desde las cumbres del dorado oasis que ganas paso á paso con santa majestad de alma elegida, alza tus manos al clemente cielo y alcánzale á tus hijos el consuelo de dilatar tu triste despedida.

¿No ves cómo te amará?

¿No escuchas cómo á coro todos padre te llaman? ¿Oyes cómo te aclaman celebrando tus puras bodas de oro?

¿No ves cómo á tus puertas, siempre á la santa Caridad abiertas, se agolpan rumorosas las turbas de tus pobres numerosas, que pan y bendiciones reciben de tus manos amorosas?

Ese rumor opaco y elocuente que tu nombre amadísimo murmura, es el himno amoroso más ardiente que de la humana gente puede escuchar una conciencia pura.

El otro canto, el de la gloria humana, ya sonará vibrante cuando entres por las puertas de la Historia; y otro más dulce, que tu triunfo cante, cuando te abra el Señor las de su gloriol

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.

## FECHA MEMORABLE

Hoy se cumplen exactamente los cincuenta años desde que nuestro Excmo. Prelado, recibió el Sagrado Orden del *Prebiterado*, siendo por Él elevado á la dignidad más alta de la tierra y á la que no pueden tocar los mismos ángeles del cielo.

En este dichoso día, fué en el que se vieron colmados los deseos del joven levita, tan ardentemente manifestados por su acendrada piedad y su continua aplicación al estudio, por todo el tiempo de su carrera, hecha del modo más brillante. Para eso precisamente estudiaba; para eso había renunciado generosamente por largas temporadas á las dulzuras del hogar y á los encantos de la familia, acudiendo presuroso al Seminario, á fin de prepararse en tan santo asilo á la sublime dignidad del Sacerdocio.

Escuchó en buena hora, la voz de Dios Nuestro Señor que en día venturoso le hablara sigilosamente al corazón, y solícito por retener tan dulce eco, llamó una y otra vez á las puertas del santuario; correspondió fielmente á su vocación, empleando los medios que aconseja la más sana moral, y llegó día en que se vió como por encanto elevado al altísimo sitial de *ministro de Cristo y dispensador de los misterios de Dios*. Desde aquel mismo instante, con el cúmulo de gracias y potestad espiritual que recibiera, apareció ya como un fogoso capitán, que después de recibir la investidura, desea ardentemente un cuerpo de ejército á quien mandar, un enemigo á quien vencer y un campo donde medir su acero con los más formidables guerreros.

Si atentamente observamos su conducta, le veremos siempre alerta y dispuesto á dar su vida, si preciso fuera, por defender la fé católica; le oiremos asimismo clamar con voces muy claras y muy altas contra el vicio donde quiera que se encuentre, y pulverizar con sus argumentos los errores, por más que estos se cubran con las repugnantes y á la vez débiles corazas de la hipocresía y del sofisma.

Pero fué también constituido *Pastor* en dicho día; y en este sentido, es admirable el celo que desplegó siempre por apacentar las ovejas todas de Jesucristo, y en especial á las que felizmente le recomendaron en varias ocasiones.

Persuadido de que, el buen pastor se inquieta y afana por su grey, no se daba punto de reposo, procurando

á todas horas, con la doctrina y ejemplo, llevar á su rebaño los pastos saludables, así como vigilaba asiduamente para impedir la entrada de los lobos carnívoros.

Y fué además maestro; maestro si, en la fé; para todos aquellos que deseaban instruirse en las verdades de nuestra Santa Religión, y maestro también de aquellos que elegidos por Dios, han de figurar algún día como antorchas luminosas que guíen á los hombres por el camino de la vida, apartándoles de las funestas tinieblas de la muerte eterna. Su comportamiento en las varias cátedras que desempeñó en el Seminario de Orense, fué tan satisfactorio y de resultados tan prácticos, que su paso por aquel centro docente, se recuerda hoy con entusiasmo, y su método es unánimemente alabado.

A nosotros que tenemos la dicha de vivir bajo su acertada dirección como Obispo, si bien nos impulsan á ponderar sus méritos, las relevantes prendas que de continuo vemos y su apostólico celo; el profundo respeto; así como el temor á herir su reconocida modestia, nos retraen de hacerlo como se merece.

No será, sin embargo, tan dura la imparcialidad que nos impida regocijarnos en este día por tener un Prelado tan solícito. Y á la vez que damos gracias al Señor por haberle concedido á esta Diócesis, pedirle humildemente se digne conservárnosle por muchos años para bien de todos sus diocesanos y de la Iglesia entera.

C.

## Máximas del Excmo. Sr. Obispo de Plasencia

Lo que más sirve al espíritu maligno en la guerra contra la verdad y el bien es indudablemente el abuso de la prensa.—Basta abrir los ojos para ver que en la prensa se recogen y por ella se difunden las doctrinas más monstruosas, las ideas más disolventes.—Por medio de la prensa se publican *historias* que conspiran constantemente contra la verdad.—Innumerables novelas que salen de la prensa sirven y han servido admirablemente para alabar las más vergonzosas pasiones.—Los periódicos, sobre todo los políticos, son los que mejor han servido y sirven en la perversa obra de descatorizar.—En el periódico se puede abusar de filosofía, mentir en historia, corromper en la novela, con la ventaja de que en el periódico se propina el veneno en pequeñas dosis y lo toman con gusto aquellos mismos que lo rechazarían en un libro.

\*\*

Es el casino el lugar donde muchos desertores del hogar van á perder el tiempo ó á malgastarlo en vicios: donde muchos padres de familia aprenden á fastidiarse de sus deberes, á relajar ó desligarse de los vínculos que deben unirles con su esposa hijos y domésticos, y á dejarles muchas horas y días abandonados asimismo.

\*\*

La desmoralización nace 1.º de la ignorancia de las verdades de la Religión; 2.º de la falta de práctica de piedad, religión y caridad; 3.º del deseo de novedades y 4.º del amor excesivo del placer.

\*\*

Los liberales, especialmente los mansos de nuestros días, son los que más caratas usan para encubrir ante los pueblos y ante su propia conciencia la nativa deformidad del liberalismo ó herejía liberal. El es el funesto origen, la fecunda causa y el obligado sostén de casi todos los trastornos religiosos, políticos y sociales de que somos testigos y víctimas á la vez.—El abuso del lenguaje es el medio de que con mayor frecuencia se valen los sectarios de nuestros días—Oscurantismo, ilustración, favoritismo, clericalismo son expresiones que sirven para ocultar la indiferencia ó desden con que mira á la Religión y á los que la profesan.—Advertase bien que el estar adheridos de corazón al sistema liberal será siempre grave pecado contra la fe, cuando se comete á sabiendas.

El confesonario es una escuela pública, continua, perenne, gratuita á la que todos son llamados y está al alcance de todos.

La Iglesia ha fomentado, estimulado y protegido siempre todo género de conocimientos científicos, literarios y artísticos, y ha dirigido todas las investigaciones á un fin honroso.

### Predicción Cumplida

En un lugar de Galicia,  
Que no sé como se llama,  
Bello con esa belleza  
De las aldeas Galaicas,  
Rodeado de hermosos bosques,  
Formado de blancas casas,  
Cercado de verdes prados,  
De huertas y hermosas plantas,  
Envuelto en aquel ambiente  
De melancolía vaga,  
Que penetra dulcemente  
Hasta lo íntimo del alma;  
Con aquellos tiernos cantos,  
Con muñeiras y alboradas  
Tan dulces y melodiosas,  
Como tiernas é inspiradas,  
Una ancianita vivía  
En épocas ya lejanas  
En compañía de un hijo  
Á quien tiernamente amaba.  
Era este hijo Sacerdote  
Ejemplar, que trabajaba  
Con ardiente y noble celo  
En la viña á él confiada,  
Pues era párroco de  
Parroquia la mencionada.  
En otro lugar cercano  
La parroquia regentaba,  
Otro Sacerdote, amigo  
De aquel hijo de la anciana.  
Á menudo se veían  
Y también se visitaban,  
Que antiguos amigos eran  
Y de antiguo se trataban,  
Y estas frecuentes visitas  
Á la ancianita agradaban;  
Porque veía en el amigo  
De aquel hijo de su alma  
Algo de grande y extraño  
Y cualidades tan altas,  
Proceder tan noble y recto  
Tanta grandeza de alma;  
Generosidad, cariño,  
Virtudes y ciencia tantas,  
Que á la feliz ancianita  
Completamente encantaban;  
Y al ver á aquel Sacerdote  
Joven, en edad temprana,  
Lleno de celo y prudencia  
Y de discreción tan rara  
Á su edad; con alborozo  
Muchas veces exclamaba:  
«Dios le tiene destinado

Para dignidades altas!  
Algun día será Obispo  
De esta nuestra Iglesia santa.»  
«Ya viene el Sr. Obispo,  
(Otras veces exclamaba,  
Cuando el joven Sacerdote  
Iba á visitar la casa.)  
Y cuando este la decía  
Que tal cosa no pensara,  
Ella replicaba siempre:  
«Obispo has de ser y basta.»  
¿Era predicción ó sueño  
O deseo que inspirara,  
Tal vez, aquel gran cariño,  
Que á aquel joven profesaba?

Pasaron los días y años  
Con celeridad que pasma,  
Con la misma rapidez  
Con que aquí todo se pasa,  
Y se cumplió exactamente  
La predicción de la anciana.  
El Sacerdote llamado  
Fué á la dignidad alta  
Del Episcopado; y hoy es  
Honra de la Iglesia hispana.  
¿Sabeis acaso quien es?  
¿Y sabeis como se llama?  
El Obispo de Plasencia,  
El Doctor D. Pedro Casas.

### PROFETA

Es propio del genio penetrar con su profunda mirada en los abismos del porvenir y trazar de antemano las vías que han de seguir los pueblos en el curso de su historia. Los demás hombres, aun aquellos que dominan las ciencias, pueden sondar los misterios de la naturaleza y dirigir su vista al pasado, para formular los principios de la filosofía de la historia; pero sorprender los secretos del tiempo futuro y anticiparse á los acontecimientos libres, que tejen la trama de la vida pública de las naciones, es prodigio que está reservado únicamente al sabio, en cuya frente flamea y brilla la luz de la inspiración. Así es que, mientras en todos los tiempos hay multitud de hombres que irradian la lumbré del saber sobre las inteligencias para esclarecerlas y hermosearlas con la verdad, los genios dignos de este nombre se presentan muy de tarde en tarde, como don precioso é inestimable que Dios concede á los pueblos, para apartarles de los caminos de iniquidad y atraerles á los senderos de su justicia.

Ahora bien; uno de estos genios es, sin duda alguna, el egregio varón que hoy se sienta en la Sede de Plasencia. Dios Nuestro Señor le puso en ella, para que enseñara al pueblo español sus designios, y él con mirada profética comenzó á mostrarle los tristes destinos que le aguardaban, si no se convertía de sus pecados públicos y hacía condigna penitencia de ellos.

Y cuan ciertas hayan sido sus previsiones lo conocerá quien no cierre los ojos á la luz. Porque, si, cuando comenzó á regir su diócesis, pudieron parecer atrevidos sus cálculos para el porvenir, á los espíritus demasiado optimistas, los hechos han venido á declarar altamente que fué un vidente, y ya conoce cualquiera, por las catástrofes que se avecinan, que se quedó tal vez corto en sus lúgubres profecías. Bien puede asegurarse, sin temor de ser desmentido, que nuestra historia se ha ido desenvolviendo en los últimos veinte años, tal y como el Obispo de Plasencia la había previsto en elevadas intuiciones, y que seguirá en lo sucesivo la misma marcha que él la trazó hace mucho tiempo. Veamos de robustecer esta afirmación con breves razones.

Una gravísima cuestión agitaba y dividía á los católicos españoles en los principios de su Pontificado. Con perfidia satánica se había insinuado en las filas del ejército católico la voz de que era perjudicial á la causa de la Iglesia la oposi-

ción abierta que se había hecho al liberalismo. Eran muchos los que aseguraban que debía pactarse con el enemigo para amansarle y convertirle; y no pocos ponían en práctica sus enseñanzas y se afiliaban á los partidos liberales con escándalo de los buenos. Un poco tiempo más de silencio y hubiera venido la confusión más espantosa al campo católico.

Entonces fué cuando alzó la voz el ilustre Prelado y con altísima sabiduría dijo que no podía esperarse que los liberales se aquietaran con la paz que querían ofrecerles esos católicos tímidos, sino que, envalentonados con la victoria, se valdrían de ella para perseguir y hostilizar más á la Iglesia, porque siempre había sido más temible y funesta la revolución mansa que la fiera. Y tal como dijo, así sucedió al punto. Engreídos los partidos liberales con el apoyo de gran número de católicos se creyeron ya invencibles; y, si bien todavía con maña y disimulo, comenzaron á combatir con más bríos á la religión, hasta declarar por boca de Cánovas «que ya no urgía (1885) dar satisfacción á los sentimientos históricos (religiosos) como otras veces», porque ya no había un partido católico fuerte que pidiera con energía esas satisfacciones; lo que motivó la enérgica pastoral que el mismo año publicó el celoso Pastor Placentino, la cual será siempre monumento insigne de su cristiana fortaleza.

Otra de las cosas que más llamaron su atención, al ser elevado á la dignidad episcopal, fué la multitud y frecuencia de los pecados públicos en nuestra sociedad. Por esto clamó contra ellos en todos los tonos, ya en enérgicas pastorales, ya en magistrales sermones; y temiendo que serían desoídos sus paternales avisos, amenazó al pueblo prevaricador con el azote de la divina justicia. Y dijo que, si no se enmendaba, vendrían sobre él la peste, el hambre, los terremotos, las guerras y que sería hecho el ludibrio de las naciones, porque *la virtud eleva á las gentes y el pecado hace miserables á los pueblos*. Y á la predicción siguieron los hechos. Porque vinieron hambres, pestes, catástrofes y guerras que convirtieron al pueblo más grande y feliz de la tierra, en un pueblo vil y miserable.

Inútil sería pretender encerrar en estas líneas todos los testimonios de su profética visión. Así como se han cumplido sus predicciones en general, de la misma manera se han verificado en detalles, de los cuales unos son conocidos de todos y otros solamente de aquellos que han tenido la dicha de tratarle y de conversar familiarmente con él. Baste saber que ha sido el hombre de Dios en estos tiempos para nuestro pueblo, y que su voz ha resonado poderosa cual ninguna en los confines de nuestra patria. Muchos por desgracia no la han querido seguir, ni se han convencido de que Dios hablaba por él; pero no importa. Sobre su frente arde la llama del genio y su labor no será estéril. Porque, sobre que á él cabe la gloria de haber contribuido á que se conserve vivo el fuego sacro de la fé pura en muchos pechos, las generaciones venideras se aprovecharán de la luz de su sabiduría y establecerán en nuestra querida patria el reinado social de Jesucristo, cuyas excelencias y grandezas han sido constantemente el objeto predilecto de sus largas meditaciones y de sus evangélicas predicaciones.

Ahora, para terminar, réstanos únicamente hacer votos al cielo para que proteja su preciosa vida y la prolongue largos años, para que continúe apacentando á su grey amada con el mismo celo y con la misma paternal solicitud.

S.

Al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Plasencia,  
en el quincuagésimo aniversario  
de su ordenación Sacerdotal.

Aunque mi pluma es ramplona,  
sabe escribir con amor

y pintar humilde flor  
para tú augusta corona.

No necesita de encomios  
tú esclarecida virtud;  
más debe la gratitud  
dar de sí sus testimonios.

Ella quisiera, en verdad,  
en tan solemnes momentos,  
poseer los documentos,  
que hablando con claridad,  
anunciaran á tus hijos  
de la Iglesia Placentina  
la labor toda divina  
de tus afanes prolijos.

¡Media vida de un mortal  
á las almas consagrada,  
y en aras sacrificada  
del Orden Sacerdotal!  
¿qué virtud no necesita,  
si ha de llenar su misión?

Caridad, abnegación,  
actividad infinita;  
aplicación, celo ardiente  
desinterés, fe asombrosa,  
esperanza vigorosa,  
y de Cristo amor ferviente...

¿Y quién de estos altos dones  
no vé tú vida esmaltada?  
Hable la grey amaestrada  
con tús primeras lecciones.

Hable el amor que atesora  
en lo hondo del corazón;  
hable la veneración  
con que te quiere y te adora.

Hable la gran multitud  
que instruiste con tu celo;  
hablen también desde el cielo  
los frutos de tú virtud.

Y pues ya son inmortales  
tus doctas exhortaciones,  
hiera á las generaciones  
la luz de tus Pastorales.

Que si brilló tanta ciencia  
en el campo Episcopal,  
más en el Sacerdotal  
la fecundó tú experiencia.

La gratitud y el amor  
adunen pues sus fervores,  
para ensalzar con loores  
al Ungido del Señor.

Dios, que por largo camino  
guía la longevidad,  
conservé la ancianidad  
del Obispo Placentino;  
del Sacerdote diestro,  
del Obispo vigilante,  
del Padre grave y amante  
del ilustrado Maestro.

¡Viva mucho y siga siendo  
martillo de la herejía;  
viva mucho y como guía  
le seguiremos teniendo!

¡Viva mucho y acreciente  
de su virtud el valor;  
para que luego el Señor  
le coroné eternamente!

PEDRO GÓMEZ CASTILLEJO, Pbro.

### Al Insigne Prelado Placentino.

### SONETO

Cual se estrellan con lúgubre gemido  
Al azotar la endurecida roca,  
Que altiva y temeraria las provoca,  
Las aguas del torrente embravecido.  
Así el liberalismo fementido,  
Que en sus audacias lo inviolable toca,  
Al alzarse ante tí con furia loca,  
Se derrumba á tus piés, de muerte herido.  
¡Lauros mil á los ínclitos varones  
Que defienden en toda su pureza,  
Sacras y venerandas convicciones!  
Del error quebrantando la cabeza,  
Ostentan á la faz de las naciones  
De hijos de Dios la altísima realza.

Plasencia.—Imp. de G. Montero.